

PLUMA y LAPIZ

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID



NÚM. 19

LA LOCURA

No recuerdo cuándo la conocí. Me parece que fué á raíz de la traición de la mujer que amaba, en tanto que transcurrían lentas, monótonas, mortales, las horas del día y en una pesadilla continua las de la noche.

Tampoco por más que me esfuerzo, puedo recordar las facciones de aquella criatura que apareció en el camino de mi existencia con aire de vencedora, con empuje incontrastable, como quien sabe que no podrá ser resistida su influencia. No sé á punto fijo si era bonita ó fea, si era muy joven ó si estaba ya en la plenitud de la vida. Lo que no se aparta de mi memoria es la expresión extraordinaria de su rostro todo y de sus ojos, particularmente. A un tiempo me asustaba y me atraía; pero no con la atracción de lo semejante, sino con la tremenda y pavorosa de lo desconocido, de lo opuesto á nuestra naturaleza. No era la floresta donde se descansa á la sombra de los almendros que la limitan, respirando el puro aroma que embalsama el aire, sino el abismo espantable en cuyo fondo acechan los ojos del vértigo que miran con la fijeza del inmutable destino. No era la mujer que se escoge para compañera, sino la que, á la fuerza, por virtud de sortilegio que no puede romperse, penetra en nuestra vida, avasalla corazón y cerebro por los nervios que excita sin tregua, por los músculos que se estremecen á su sola presencia.

La primera vez que estuve á su lado, cuando tomó posesión de mi alma, me dijo:

—Yo soy la sola que puede borrar el recuerdo de la que lloras, sin ser fuerte á olvidarla. Al lado mío se disiparán penas y recuerdos; mi luz ofuscará todas las demás imágenes. Los días transcurrirán felices y no se arrastrarán lentos como el gusano que roe tu corazón, sino que volarán rápidos con el aleteo de aquel pájaro que en otro tiempo, desde lo infinito, traía á tu imaginación juvenil las visiones espléndidas que sólo viven en el país de la ambición, en los campos elíseos de los ensueños. Yo suprimiré dolor y tiempo. Pero ten por entendido que firmamos un pacto inquebrantable. Yo anhele tu posesión; tú no podrás escapar en lo sucesivo á mi influencia.

Yo la miraba entre medroso y extasiado. Ella me contemplaba con la fijeza con que los felinos y los ofidios domeñan la voluntad de los animales que acaban por ser su presa.

—¿No valgo acaso más que cuantas mujeres has visto? ¿No soy superior quizá á todas las imágenes que han poblado tus sueños de adolescente?

¿Cuánto tiempo duró mi primer período de pasión, de una pasión avasalladora como ninguna otra? No lo sé. Mi amante cumplió todas sus promesas. De mi memoria se borraron líneas y afectos, ideas y recuerdos. Su tabla, llena ya casi por entero de dibujos, de rayas, de palabras, unas esculpidas como con cincel, otras apenas marcadas, quedó limpia, lisa, sin huella alguna. Sólo su imagen, precisa entonces, marcada como con fósforo vivo la ocupaba.

Un día desapareció de mi lado. ¿En qué profundidades se hundió? ¿A qué alturas remontó el vuelo? No lo sé. Yo salí de sus brazos anonadado como quien ha trabajado sin tregua y sin rendirse al sueño durante días y días; como el que ha dormido el pesado sueño del opio, poblado de visiones voluptuosas que enervan mucho más que la realidad del amor.

Pero aún en su ausencia recordaba sin cesar aquel rostro de inefable extrañeza, sus ojos, abismos vivientes, donde sólo se podía leer el anonadamiento que vive en el fondo de toda grandeza. Y más que nada recordaba sus palabras, pronunciadas en otro tiempo á mi oído con esa media voz que llega á los oídos del que duerme porque vibra en ella el alma del que la emite.

—No sólo te he dado el olvido y la felicidad, sino que te he liberado de todas las trabas que contienen á los demás hombres. En tanto que estés bajo mi égida puedes obrar como te plazca. Lo que en los demás es un crimen á ti te es permitido. No te detenga ningún escrúpulo. Yo he vencido á la Conciencia, que fué siempre mi enemiga; yo he suprimido las leyes humanas y divinas, las que provienen de la naturaleza y las que han elaborado los hombres ¡con cuánto trabajo! Por mí eres más que un hombre; ¡te has convertido en Dios!

Cuán tristes, cuán lentas transcurrían las horas en su ausencia. Ni el cariño de mis deudos, ni las riquezas, ni la ambición colmada, bastaban á consolarme de su pérdida. Comprendía que aquella extraña criatura me apartaba de la realidad, me llevaba por esferas muy superiores á las que otros hombres conocen; estaba seguro de que no era antorcha de luz, sino faro engañoso; pero ¡cuán resplandeciente!

Al fin, volví á verla. Me abracé frenético á ella, me incrusté en su pecho. Bien pronto, por inexplicable fenómeno, su sér y el mío se confundieron y formaron un único sér. Y entonces, como no podía tener ya secretos para mí, le pregunté con el lenguaje del alma, seguro de oír la verdad:

—¿Quién eres, oh tú, que tienes el poder de una diosa? ¿Quién eres, oh tú, que borras lo pasado, suprimes lo presente y cambias lo porvenir?

—Soy el espantajo de los necios, soy la fuerza suprema contra la que no prevalece la materia vil de que están formados los cuerpos... ¡soy la LOCURA!

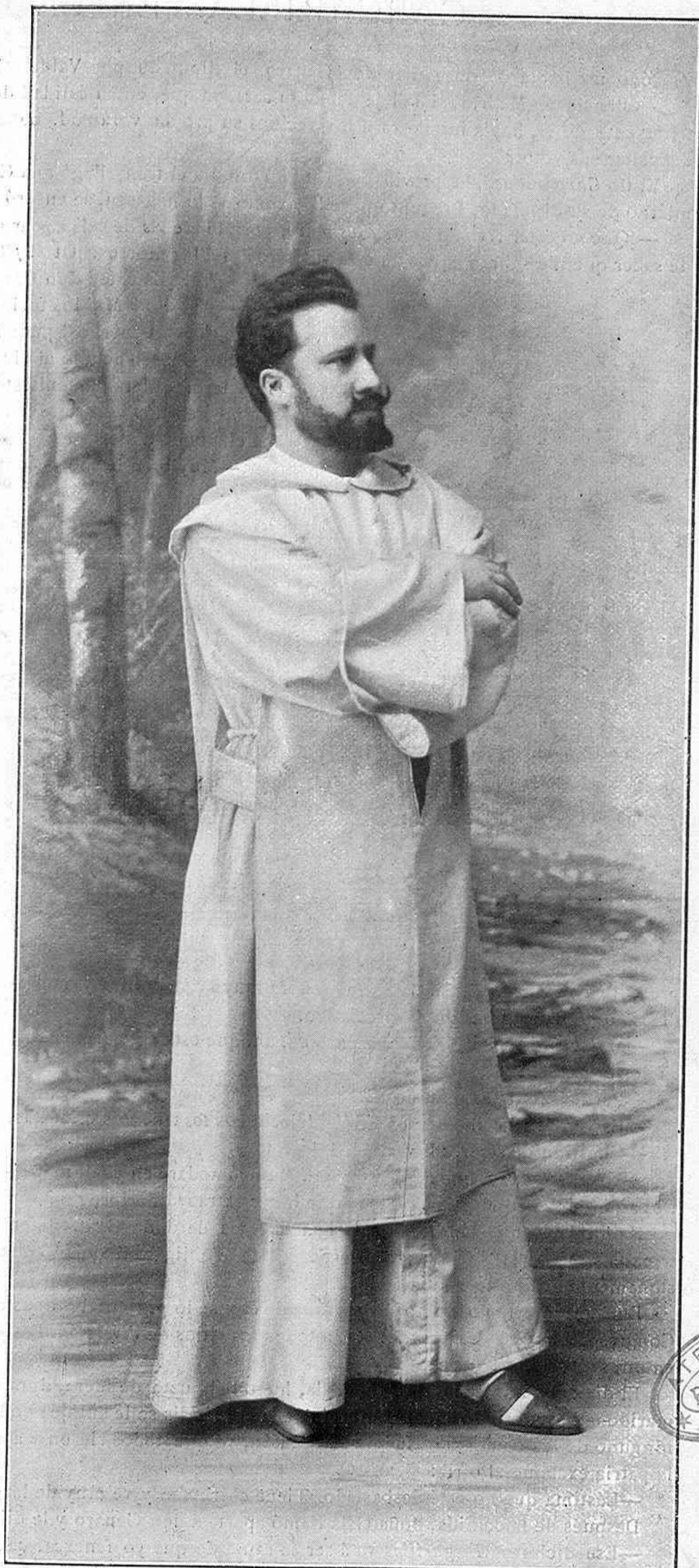


LA
PRIMERA FLOR

Ya es en las ramas alegres
cada brote una promesa:
ven y veremos unidos
en su botón la hoja nueva.
Plegada como tu boca
palpita la flor risueña,
que aún no ha dado el primer beso
al sol de la primavera.
Ven y enlazadas las manos
erraremos por la selva
y veremos si en sus troncos
aún están tus cifras puestas.
Las virgilianas encinas
nos darán techumbre espesa,
que para el amor, un velo
siempre ha tenido la tierra.
Allí, á través de las ramas,
bajará la luz en hebras
á intercalarse en los rizos
de tu oscura cabellera,
y sentiremos el bosque
latir con la savia nueva,
de brotes engalanado
igual que un seno de perlas.
Ya aterciopela los bordes
de los senderos la yerba,
y los almendros tempranos
lucen su blanca diadema.
El sátiro entre los juncos
con el agua brinca y juega
y besa la huella rauda
de alguna ninfa en la arena.
Los corzos van caminando
en amorosas parejas
y al menor soplo del aire
se atemorizan y tiemblan.
Bajo el templo de los pinos
donde columnas soberbias
sostienen en sus alturas
sus rotondas gigantescas,
enardecida la sangre,
pasan las liebres ligeras,
tras de la pista olorosa
de algún amante que espera.
Ya vienen hasta el olfato
los gérmenes de la tierra
procreación infinita
que los sentidos despierta.
Vienen besos á los labios
que buscan tu boca fresca,
¡tu boca, flor aún cerrada,
de casto misterio llenal
Ese botón primoroso
quiero que el primero sea
en abrir su tierno cáliz
á la dulce primavera.
Pon tus labios en mis labios,
así, más cerca, más cerca...

¡vivan los pétalos rojos!
¡vivan las rosas abiertas!

SALVADOR RUEDA



ALEJANDRO BONCI, en la ópera «La Favorita».

Fot. Esplugas.

GARGARILLAS EN LA CORTE

Cómo no había de obsequiar don Genaro, el diputado por Valdelechuzos, al tío *Gargarillas* durante su estancia en Madrid, si á él le debía su acta, ya que, en su calidad de cacique del pueblo y el mayor contribuyente de él, había impuesto á los vecinos su propia voluntad, conduciéndolos á las urnas y haciéndoles depositar sus votos?

El tío *Gargarillas*, sin previo aviso, tomó un día el tren, llegó á la Corte y se presentó en el suntuoso domicilio de su diputado. Preguntó por él, y como se lo negasen, se encaró con los domésticos, gritando:

—¿Que no está? *Amos á velo. ¿Sus paice*, porque me *vis* de calzón certo, que soy algún pelafustrán? *Pus habis* de saber que me sobran onzas de oro *pa* tiráros las á los morros. ¡Otra! ¡*Bonico* genio *tié* el tío *Gargarillas*!

—¡Ah! ¿Es usted don *Gargarillas*?

—¡Ay, don! *Miá* los tocinos, cómo se *quien rir* de mí... ¡Yo no tengo don, ni cuernos! ¡*Mostillos*, más que *mostillos*!

Don Genaro acudió al oír las voces, abrazando y apaciguando al forastero, quien le manifestó que entre quedarse en la posada del Peine ó en una casa tan bien puesta, optaba por la última y pasaría en ella ocho días.

—Muy bien hecho — contestó el diputado, por decir algo. Y le



presentó á su esposa doña Gala, una señora muy aristocrática y melindrosa, que hizo un mohín despreciativo.

—*Malegro* de *conocela*. *Es mu guapica*, aunque está algo arguellada. ¿Y los *críos*?

—Pero si no tenemos niños...

—Es verdá. ¿Y cómo es eso? En Valdelechuzos *tos* tenemos criaturas.

—Cuestión de aires, tal vez.

—Vaya, vaya, conque aquí estoy yo. Me acomodaré en cualquier sitio, aunque sea en el pajar. No hay que hacer extraordinarios, ¿eh?

Habilitósele una habitación, á regañadientes de doña Gala, quien trinaba y maldecía del acta de su esposo, que le obligaba á alojar en su casa á un huésped que, según ella, era sumamente ordinario y olía á aldea.

En cambio, su marido no se separaba de él y se lo presentaba á sus amigos y le llevaba en coche al teatro, al Congreso, á la casa de fieras, en fin, á todos los sitios de *diversión*. Festejar al tío *Gargarillas* era asegurar el acta en otras elecciones.

El día del cumpleaños de doña Gala, hubo banquete de ídem, durante el cual — nunca se lo perdonará á su marido— ¡hasta brindó aquel hombre! A ella el brindis se le antojó anodino y hasta majadero. Pero, por lo visto, ninguno de los comensales fué de su opinión, ya que todos rieron y aplaudieron, y más de un sesudo padre de la patria exclamó al oírle:

—Lástima que no esté desbastado. Tiene chirumen y ve muy de largo.

Después de la comida, doña Gala llamó aparte á don Genaro y le dijo:

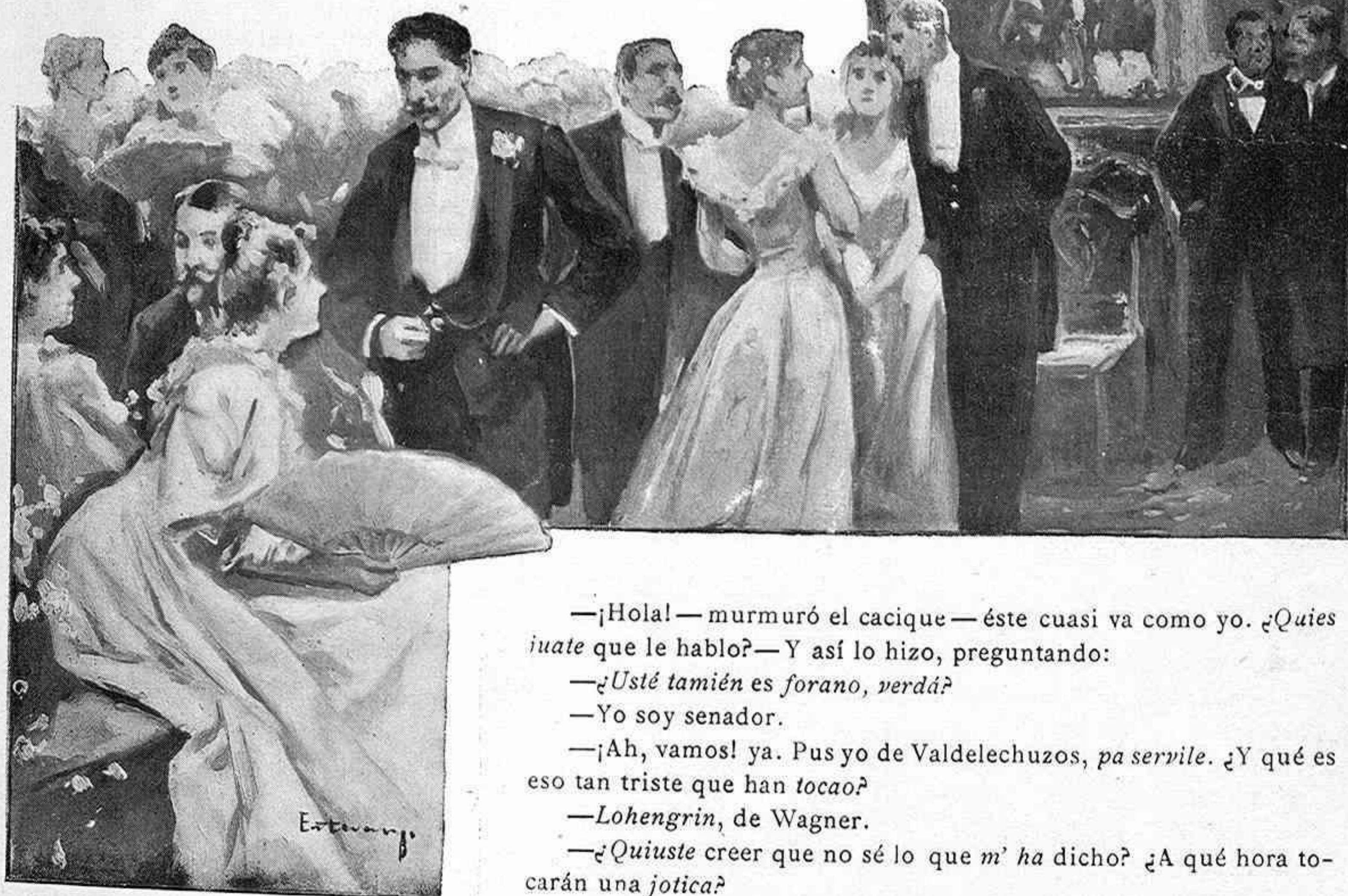
—Ese dichoso *Gargarillas* va á ser la causa de que yo fenezca. ¿Será posible que también él esté aquí esta noche cuando honre nuestra morada el selecto personal que ha de acudir á ella?

—Ten presente, Galita, que ese hombre es el que nos trae las gallinas, ó sea ese personal selecto. Sin él, tú no serías diputada ni yo diputado, sino simplemente dos ricos fabricantes de embutidos de mulos viejos, retira-

dos del negocio, y no acudiría aquí tan distinguida sociedad. Resígnate, yo le haré variar de indumentaria.

Llegó la noche. Los invitados fueron llegando. Caballeros luciendo blanquísimas pecheras, ricos fracs, y vistosas condecoraciones, algunos; señoras pintadísimas y aromatizadas con variedad de exquisitos perfumes, con los brazos y los hombros desnudos, orgullosas de sus *toilettes*. Fantásticas tulipas de diversos colores desparrramaban chorros de luz eléctrica sobre los atriles de los concertistas. Una gran araña, en el centro del salón, inundaba á éste de una claridad más fuerte que la del día. Por todas partes flores, raso, brillo de piedras preciosas, manos enguantadas, cintas, adornos... El tío *Gargarillas*, sentado y casi oculto en un rincón, abría desmesuradamente los ojos y no se atrevía á hablar.—¡Demontre!—pensaba—¡qué cosas! Si mi mujer viese esto... No, que *pue ser* que *tuví celos*. Porque *mia* que son majas esas señoronas... ¿Cuál de ellas será la reina? Mal será que no sea aquella... Es la más gorda y la que lleva más ringorrangos y más seda en los hombros. Porque lo que es las otras... ¡gorrinas!... vergüenza me da *miralas*... ¡*Pacho!* si van medio *esnudas*... ¿Serán *probes?* ¡Qué han de *selo* si llevan *arrastras* la tela que les falta arriba! Ya te digo yo que son el demontre esas *petimetras*.

Al lado del tío *Gargarillas*, que, á instancias de don Genaro, consintió en ponerse aquella noche americana, pantalón largo, camisa almidonada y corbata, se sentó un anciano que, por excepción, no llevaba frac, sino levita.



—¡Hola!—murmuró el cacique—éste cuasi va como yo. ¿*Quiés iuate* que le hablo?—Y así lo hizo, preguntando:

—¿*Usté tamién es forano, verdá?*

—Yo soy senador.

—¡Ah, vamos! ya. Pus yo de Valdelechuzos, *pa servile*. ¿Y qué es eso tan triste que han *tocao?*

—*Lohengrin*, de Wagner.

—¿*Quiuste* creer que no sé lo que *m' ha dicho?* ¿A qué hora tocarán una *jotica?*

—Probablemente á ninguna.

—¿Y esos *currutacos* que llevan *cinticas* en el ojal bailarán con esas señoras?

—Claro que sí.

—¡Ya caigo! Mira, maño, no se lo digas á nadie. (Y le habló al oído). Ya verás, ya verás como luego nos *riremos á gargajadas*.—Y salió del salón, cuando comenzaba el baile.

Terminando estaban el primer rigodón cuando entró de nuevo el tío *Gargarillas*, con el rostro lleno de *charrinones* pintados con el corcho que doña Gala usaba para teñirse las cejas y una falda de ésta puesta sobre la cabeza, gritando:

—¿A que no me *conocís?*

Quedaron todos como petrificados, ante aquella osadía. Algunos le indicaron que abandonase el salón. Pero él objetaba:

—¿*Qué sus creís* que yo me chupo el dedo? Esto es un baile de Carnestoldas; *toos van disfrazaus*.

Los íntimos de la casa se apresuraron á disuadir su error. Pero el mascarón no se daba por convencido.

—¿Que esto no es un baile de máscaras?

—No, señor; ni muchos menos.

—¡Jesús! ¡Y dicen que no! Pus aun serán capaces de *volveme loco*... Como que me *paice* que voy perdiendo el juicio... Que me traigan las alforjas, que me *quío dir*. Porque si esto no es Carnestoldas, es el otro mundo...

LA VIDA CONYUGAL

Oh, la vida conyugal,
tiene, al par que sus deleites,
sus mutuas inconveniencias
que suelen ser pequeñeces.

Pequeñeces que incomodan
y originan muchas veces
dramas domésticos con
argumentos de sainete.

Tal marido es desgraciado
y ni sosiega ni duerme,
porque teme sin motivo
que su mujer se la pegue.

Tal otro es poco feliz
porque su esposa pretende
que en el doméstico hogar
su voluntad se respete.

Tal otro rabia y pateo
porque su cónyuge quiere,
gastar tontamente en galas,
cuando ni un céntimo tiene.

Tal otro de su costilla
se lamenta amargamente
porque es chismosa y hablando,
sin querer, lo compromete.

Y unos por fas ó por nefas,
es el caso que andan siempre
por esos mundos, maridos
que hablan mal de sus mujeres.

Con calor sobre este lema
conversaba con don Lesmes
tiempo atrás, y el buen señor
me dijo en términos breves:

—Mi mujer es una alhaja;
no me domina, me quiere,
y la pobrecita se
desvela por complacerme.

Con todo soy desgraciado.
—¿Por qué? ¿Porque no la quiere?
—La adoro con toda el alma.
—Tal enigma, francamente,
como usted no lo descifre
nadie descifrarlo puede.

¿Por qué no es usted dichoso?
—Porque respira muy fuerte.
—¡Qué gracia! Es usted guasón.
—No es guasa, puede creerme.

La buena de mi señora,
por mi desdichada suerte,
respira de tal manera
que, cuando conmigo duerme,
no me escapo de tener
cuatro semanas de *dengue*,
porque, amigo, sus narices
no son narices, son fuelles.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.



Orla, de M. PEDRERO.

COPYRIGHT



MELANCOLÍA.

LOS PRECEDENTES

Yo no sé cómo andaría el mundo antes de caer en la cuenta de lo que valen los precedentes. Presumo que andaría muy mal. Eran tiempos bárbaros aquéllos y da lástima pensar cómo, por no haberse descubierto aún esta mina, tuvo Platón que acudir al método inductivo y Aristóteles asirse al deductivo como á un clavo ardiendo.

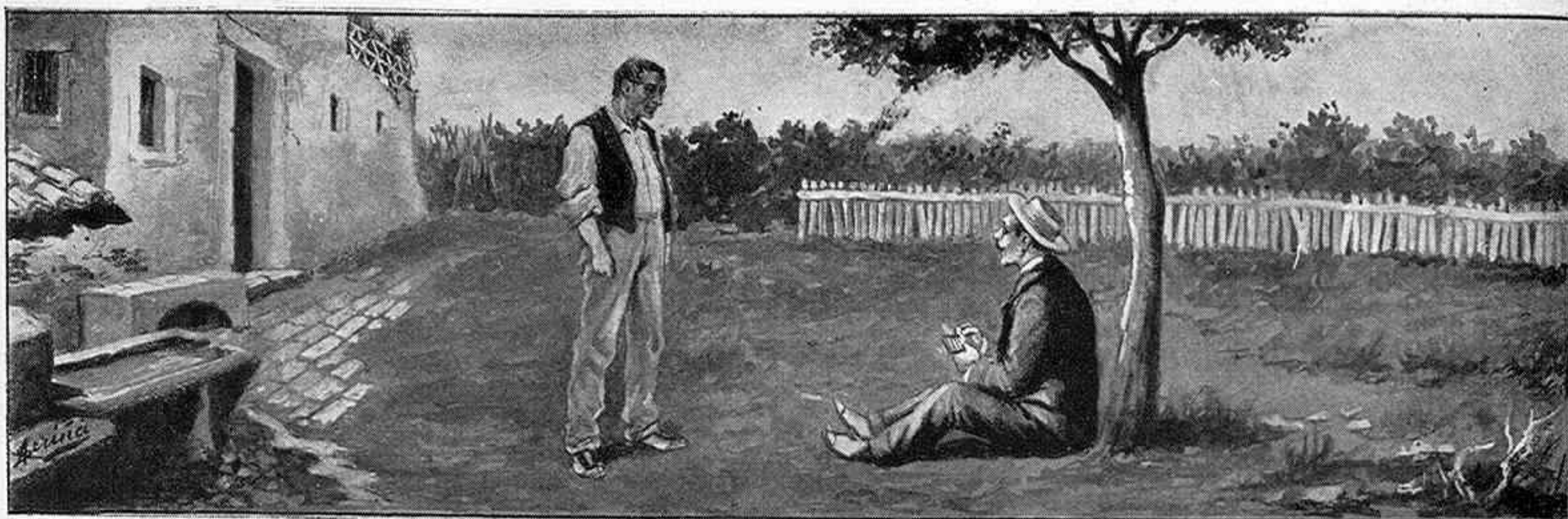
Nosotros, ni á uno ni á otro. A los precedentes. ¡En algo se ha de conocer que prosperamos!

«Digan cuanto quieran los termómetros»... filosóficos, no hay cosa más cómoda en la cristiandad ni fuera de ella... Tal cosa, ¿cómo ha de resolverse? ¿Hay precedentes? Pues lo mismo. ¿No los hay? Esa es la negra: habrá que *sentar* uno. Y allá al *tuntum* «sentamos» uno, seguros de que los que vengan detrás no han de moverlo.

¡Qué hermosa filosofía! No exige de gasto ni un átomo de *materia gris*. No hay más que «dejarse ir por donde la suerte y la manta nos lleven». Todas las escuelas flaquean por un punto, generalmente por falta de cimiento sólido... esta no. Como que se asienta sobre el granítico y manoseado *nihil novum sub sole*, que es el lema elegantísimo de nuestra escuela.

Dicen que todos los grandes inventos se complementan: el ferrocarril ¿qué sería sin el telégrafo? La política ¿qué sería sin precedentes? Surge una cuestión parlamentaria y para resolverla ¿á qué se acude? ¿A Platón? ¿A Aristóteles? ¡A los santísimos precedentes!

En tal ó cual tiempo ocurrió otro escándalo así ó asao... los padres de la patria se pusieron cual digan dueñas: un padre tiró á otro lo primero que le vino á mano... el presidente perdió una hermosa peluca y á un macero le rompieron los incisivos... Tate, ¡caso análogo! — estos casos todos se parecen. — Pues con arreglo á este precedente y á tal otro y á cual esotro... — debe haber más escándalos que leyes, — la



cosa se arregla por los mismos trámites, en idéntica forma, y el escándalo ó lo que sea pasa al archivo para servir de precedente á los venideros.

¿Hay cosa en el mundo más cómoda y racional, sobre todo más cómoda?

¿Podría el mundo seguir siendo mundo sin etiqueta? Yo creo que no; porque sería un mundo anárquico... y ¡cuál es la médula espinal de la Etiqueta? Los precedentes. Sin ellos sería una Etiqueta *reblandecida*. La Corporación tal, el orden cual, el Tribunal X, el centro B, pasan antes, ó después ó al mismo tiempo; se sientan más arriba, más abajo, á la par como hermanos, etc., etc., en virtud de tales ó cuales precedentes. ¡Apenas tiene esto importancia social!

¿Quién negará que la Diplomacia es á los pueblos lo que la sal á los jamones? Los conserva, los endurece, les da aroma, color y sabor... Pues en la diplomacia no hay más que precedentes. Derechos entre pueblos no puede haber desde el momento en que el más fuerte se los adjudica todos. Para el fuerte y victorioso siempre hay el precedente de que otro fuerte y victorioso hizo esta ó aquella barrabasada: para el débil y vencido existe siempre el precedente de que otro tan débil y tan vencido entregó la piel y pagó las costas. Entre ambos polos giran las cuestiones internacionales.

La misma Diplomacia no se mantiene ya más que por un mero precedente... porque antes la hubo. Acabada la importancia del chismorreo cortesano con el golpe constitucional, la diplomacia no tiene otra cosa que hacer que dar bailes y hacer tratados por los sabios principios del *quia nominor leo*... y para ese viaje realmente no se necesitan alforjas.

Los tribunales apenas son otra cosa. Un alegato bien hecho no es más que una exhibición de precedentes más ó menos empolvados. Todo letrado que se estime, debe comprar unas cuantas toneladas de sentencias, un almacén de hermosos precedentes al por mayor, que se llama Jurisprudencia. Sin eso no se va á ninguna parte, porque le dirán, «amigo mío, usted razona bien, pero ¿quién es usted para razonar?» Sus racionios no quedan como precedentes. Para eso tenemos un alto Cuerpo que raciona mediante un más que modesto estipendio y nos va tan ricamente.

En administración, eso es el delirio. Hay precedentes para todo y ese es el mal, que no se sabe uno á qué carta quedarse. Para el caso más sencillo, salta uno, — la Real orden de tal y tal... y le contesta otro, — sí, señor, eso mismo dice: pero como la Real orden de tal y cual dispone lo contrario... — Es que usted no echa cuenta en que la Real orden de cual y cual deja sin eficacia eso. — ¡No había de echar!

Usted sí que no sabe que la Circular de ayer ó de anteayer vuelve sobre aquello... — En fin, un lío, un nuevo laberinto de Creta con Icoro y todo. — ¡Métase usted en él, á no ser llevando un cacique por los cabezones!

En agricultura dicen que la rutina nos come. ¡Santa rutina! ¿Hay cosa tan dulce, tan clásica como ésta de arar como los árabes, sembrar como los fenicios, segar como los caldeos y dormir como los etíopes? ¿No podían componerse otras «Geórgicas» sólo con asomar las narices á nuestros campos? Así lo hizo mi abuelo, así mi padre... ¡poder de Dios y del precedente!

— Cierta día llegué á un huertecito de la sierra: iba cansado y sediento. Bebí de un riquísimo manantial y me tumbé á la sombra de un frondosísimo naranjo, el único que había en el huerto. Vino el amo y á un punto mismo salieron á relucir mi petaca y sus apuros... ¡qué malos años! Aquello era una miseria... la contribución se lo llevaba todo. A no ser por aquel naranjo solitario, estaría ya el huerto hecho un zarzal. Gracias á que la naranja se vendía *perra á perra* y daba para ir tirando los días de invierno ¡pero era tan poca! Al fin y al postre no habría más remedio que abandonar aquel puño de tierra para que hicieran nidos los cucos.

—Amigo mío, —le dije.— Usted tiene la culpa. ¿Quiere usted sacar bien el dinero á este puño que desea abandonar?

—Sacar dinero... ¿pues no había de querer?

—Plante usted naranjos.

El hombre me miró como si dudase de mi razón. —¿No tiene usted agua que le sobra en este manantial? ¿No se vende bien la naranja *perra á perra*, duro á duro? ¿No ve usted cuán frondoso y cuán esquilmeño es este naranjo? Tiene usted aquí de todo: agua, clima, tierra, mercado... ¿ó es que quiere usted que le caigan las migas del cielo?

—¡Qué cosas tienen estos señoritos! Mire usted que un naranjal... aquí, que es huerto desde el tiempo de mi abuelo!

—¡No lo pongas! —le dije.— ¡Cuidado como plantes el naranjal, oh compatriota! Tu abuelo fué un imbécil, tu padre un tuero: tú no puedes dejarlos en mal lugar, renegando del precedente.

En la enseñanza me parece que seguimos rigurosamente el precedente histórico de que «suerte te dé Dios, hijo, que el saber nada te importa». Y como realmente el saber no importa nada para ser sabio oficial, rico consorte, ministro y gloria nacional, que viene á ser lo mismo, nos agarramos á la suerte y una higa para el saber y todas sus zarandajas. Ni el saber ni las colonias nos hacen maldita falta, sobre todo después de haberse demostrado que sin el uno y sin las otras se pueden hacer bellos discursos.

¿Qué es toda nuestra vida, nuestras costumbres, nuestros negocios, nuestras expansiones, nuestros movimientos, sino un culto arraigado é imperecedero á los precedentes? Hasta para indultar se consultan; que es lo mismo que si cualquiera los consultáramos antes de dar una limosna. —Perdone, hermano... no recuerdo que hasta hoy haya dado eso que pide. —Alguna vez ha de ser la primera. —¡Eso sí que no! Si alguna vez me decido principiaré por la segunda, ni más ni menos que el corregidor aquél que según *Figaro* endilgó á sus subordinados el siguiente bando: «Habiendo notado la autoridad en el año anterior que el primer baile que en esta ciudad se dió no fué brillante ni concurrido, y no habiendo podido averiguar la causa de esta extrañeza, he dispuesto que este año se empiece por el segundo baile.»

—¡Oh autoridad celosa de los precedentes, en los cuales el bien público descansa! ¡Así nos fuera dable principiar por el último gobierno, que, sin beberlo ni comerlo, yendo hacia atrás, sentiría-

mos la mejoría! ¿Qué especie de hermosura, bondad, gentileza ó estupidez, de verdad ó de error, no tendrá parientes en el mundo! *Nihil novum*, etc.

Cierta día íbamos cazando un amigo y yo. Yo soy cazador tal, que una vez tomé por zorro la mochila de un leñador que estaba sobre un risco y con la perdigonada le deshice la merienda. Mi compañero se quedó admirado; no por la equivocación, sino porque real y efectivamente acerté á darle á la mochila. En el día que digo, ni aún eso hice: llovía... hartéme de dar tiros á la niebla, y con las aspersiones del monte, principalmente de los jarales me puse perdido. Al llegar la noche nos recogimos á buen vivir en una choza que se llovía por mil partes, pero en la que hubo torreznos, huevos y cierto vinillo hecho en tinaja, del que cargamos un tanto demasadamente para como estaba el tiempo. Nos mulleron los colchones, quiero decir, un elegante montoncico de paja, puesto junto á la candela: requerimos las mantas y nos dejamos ir á media rienda sueño adelante...

En esto comenzó á berrear cierto selvícola: el ama estaba parida y por lo visto á la cría no le gustaba el mundo ó pedía su parte y no se la daban, ó si se la daban no era de su gusto, el caso es que el mamón ponía el grito en el cielo como si fuese ya contribuyente y lo asustaran con el gobierno.

A mí me dió por hacer consideraciones sobre la infancia y sus nocturnas inquietudes, pensando cómo en el berrear, pernear, no dejar dormir á nuestros mayores y hacer otras cosas nada compatibles con la



severa etiqueta todos los mamones son iguales, lo mismo los que se crían entre holandas, que los que se rebullen dentro de un serón de esparto... y el chiquillo seguía dale que dale con un tan desesperante diapasón, que ni el diablo dormía.

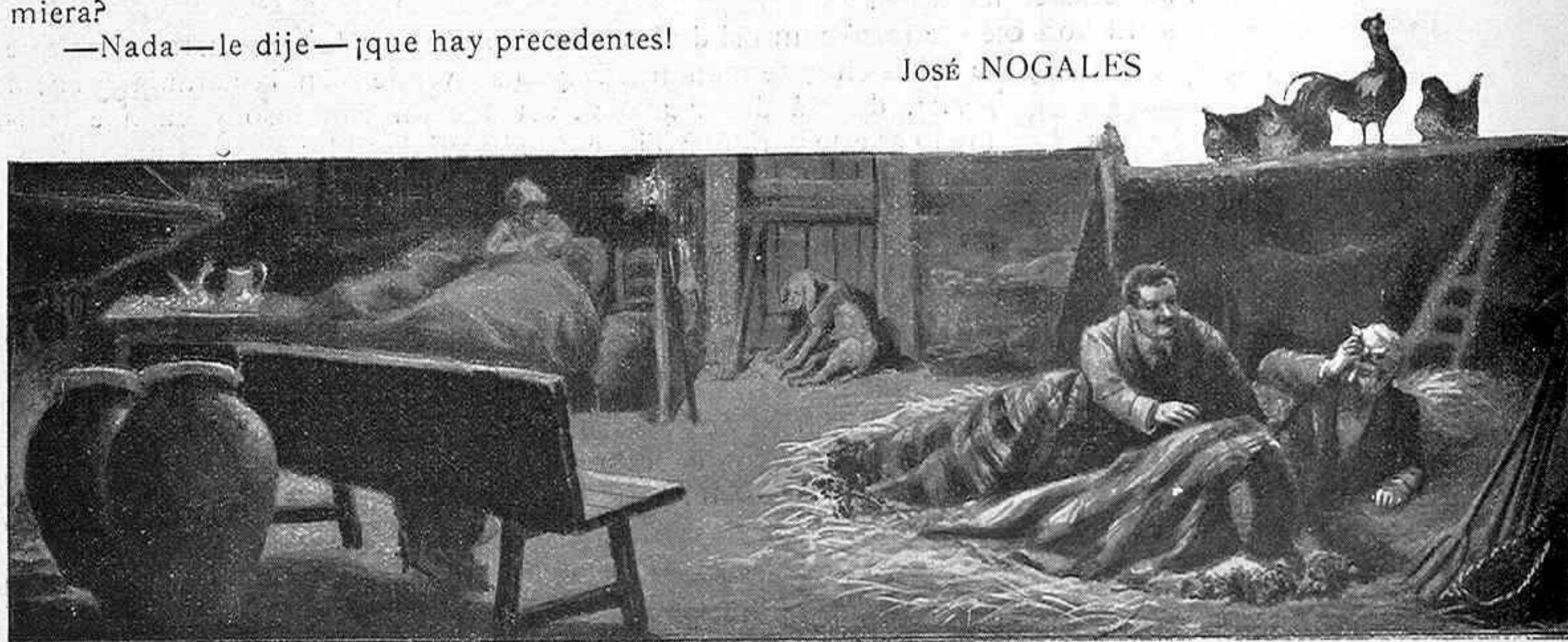
Comenzaron á rebuznar unos burros, luego alzó el grito un gentil gallo que sobre un palo encima de nuestras cabezas estaba, acompañado de algunas hembras para su uso particular, y no fué lo peor que abriera el pico, sino que abrió otra cosa, según pudo conjeturar mi amigo, en quien por poco se repite el caso de Tobías por lo del parchazo en un ojo, que no sólo lo despertó, sino que lo puso iracundo y capaz de quemar la choza.

Con los rebuznos se puso furioso el perro y empezó á lamentarse con un aullido tan fino, que se metía por el alma: á la primera nota doliente saltó el gato crispado y nervioso y fué á dar en unas sartenes que vinieron á tierra con estruendo semejante al último golpe de platillos en las marchas fúnebres. Y á todo esto el mamón dale que le das, entre aquel ruido, el roncar acompasado y tremendo de sus mayores y el són monótono y quejumbroso de la lluvia, cayendo sobre el techo de ramas...

Un revuelo de aire levantó llamas en el mortecino hogar, y á su luz vi á mi amigo sentado sobre la paja, con la manta por el cuello y un pañuelo liado á la cabeza. Estaba lívido, hosco, con el un ojo llorando aceite y con el otro vinagre, según lo tenía de colorado. —Vamos á ver, ¿qué dirías tú, sí, qué dirías tú si yo fuese ahora y cogiese á ese verraco por el cogote y lo estrellase, y tal como está me lo comiera?

—Nada—le dije— ¡que hay precedentes!

José NOGALES



Ilustraciones de A. SERIÑA.

PASATIEMPOS

JEROGLIFICO

NOTA

NOTA

A. KAME.

CHARADA

Con intenso delirio
amo á una *prima tres* rubia y hermosa.
Su amor es mi martirio,
mas la... muy... melindrosa,
con desprecios sarcásticos me acosa.

Triste y desesperado,
diríjome á un antiguo compañero,
picador afamado;
pero el... muy... marrullero...
no me da los consejos que yo quiero.

¡Respecto de *segunda con primera*,
(me dice haciendo el simil de su suerte)
toito lo que tú quiera!
mas no puedo ofrecerte
en custión de amoríos... cosa fuerte.

Al ver que no me ampara ni mi amigo,
resuelvo al fin y al cabo, suicidarme;
mas ni aún eso consigo,
pues cuando ya preparóme á matarme...
entra en mi cuarto *Todo* á saludarme.

—¡Cáspital!—exclamo yo todo aturdido—
¿Vienes á dibujar mi último rato?
—Sí vengo, es á salvarte ¡so perdido!
—¿Sí?... Pues está hecho el trato.
¡Famoso dibujante,... no me mato!

ENRIQUE POVEDANO.

CUADRADO

*	*	*	*
*	*	*	*
*	*	*	*
*	*	*	*

Substituir las estrellas por letras, de suerte que se lea de izquierda á derecha y de arriba á abajo, tanto horizontal como verticalmente; 1.º, infinitivo; 2.º, parte del árbol; 3.º, infinitivo, y 4.º, carácter; y luego invirtiendo, es decir, leyendo de derecha á izquierda y de abajo á arriba.

LOS PEPES G.

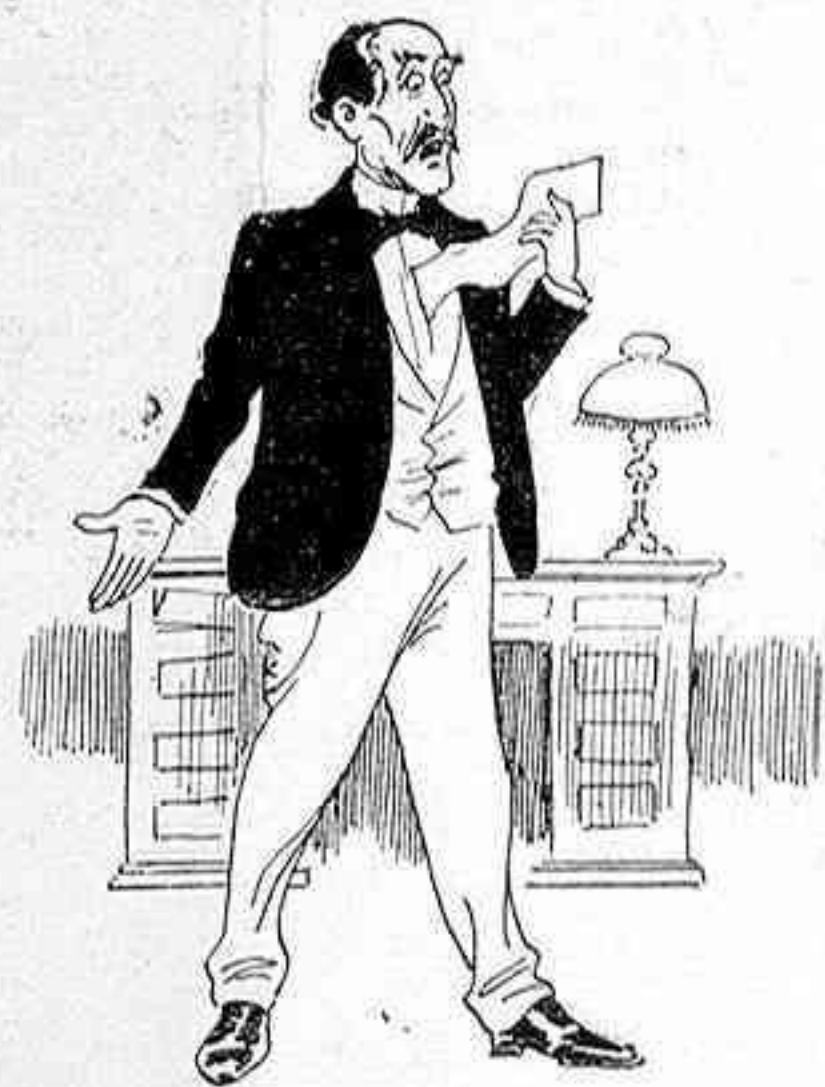
SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Charada con el TODO intercalado en acróstico. — Semanario.

Charada. — Alborozo.

Tercio de sílabas. — Conrado. — Ramona. — Donato.

Logogrifo numérico. — Mariano.



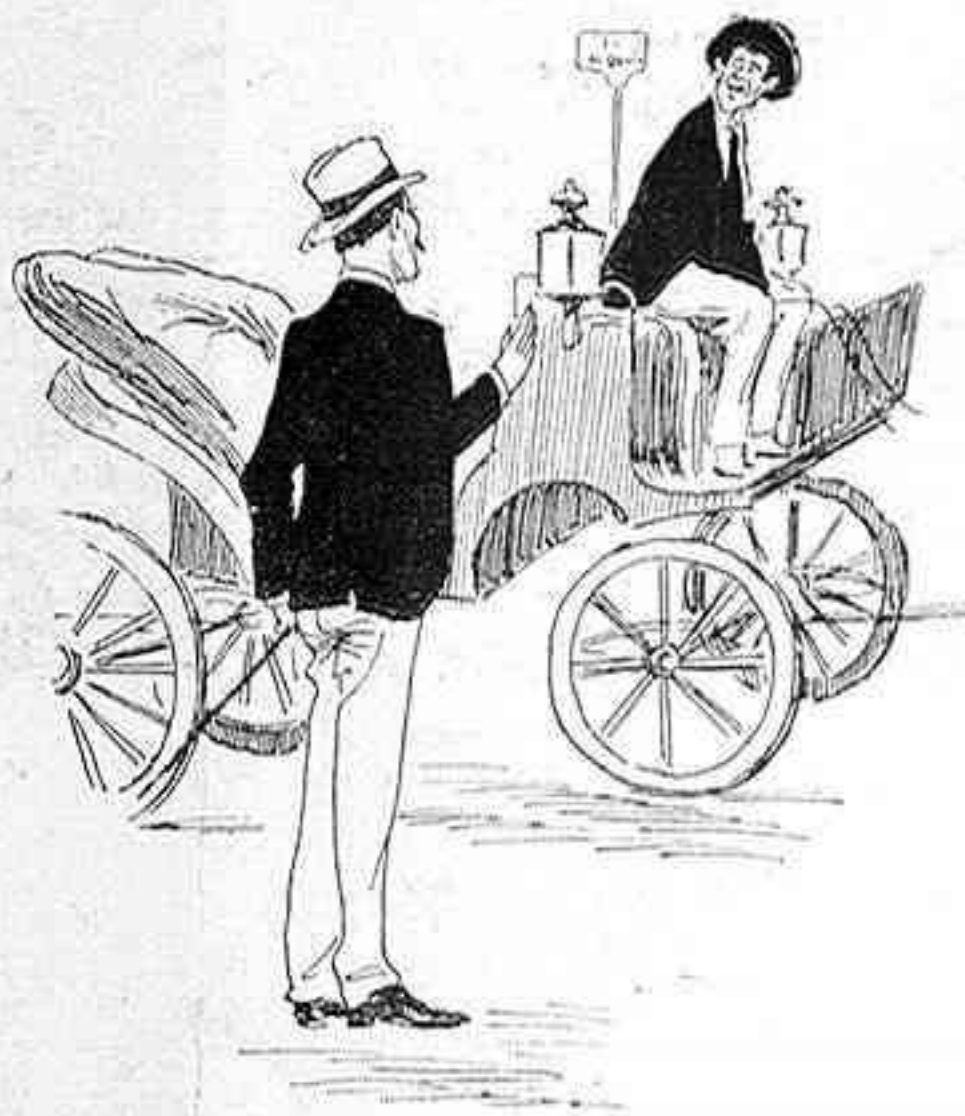
1.—«Angelita llegará ahí tren correo. Va sola. Espérala estación». ¡Vaya una hora de poner el telegrama! El tren llega dentro de treinta minutos...



2.—Gracias á que cojo con oportunidad este tranvía,... puede ser que llegue á tiempo. ¡Eh! conductor, pare un momento.



3.—Pero ¿estaremos aquí toda el día?
—Es difícil coger estas agujas; aquí siempre perdemos un cuarto de hora.
—Sí ¿eh? pues yo no estoy para perder un minuto.



4.—Espera, cochero. A la estación del Mediodía, pero á escape: habrá buena propina.



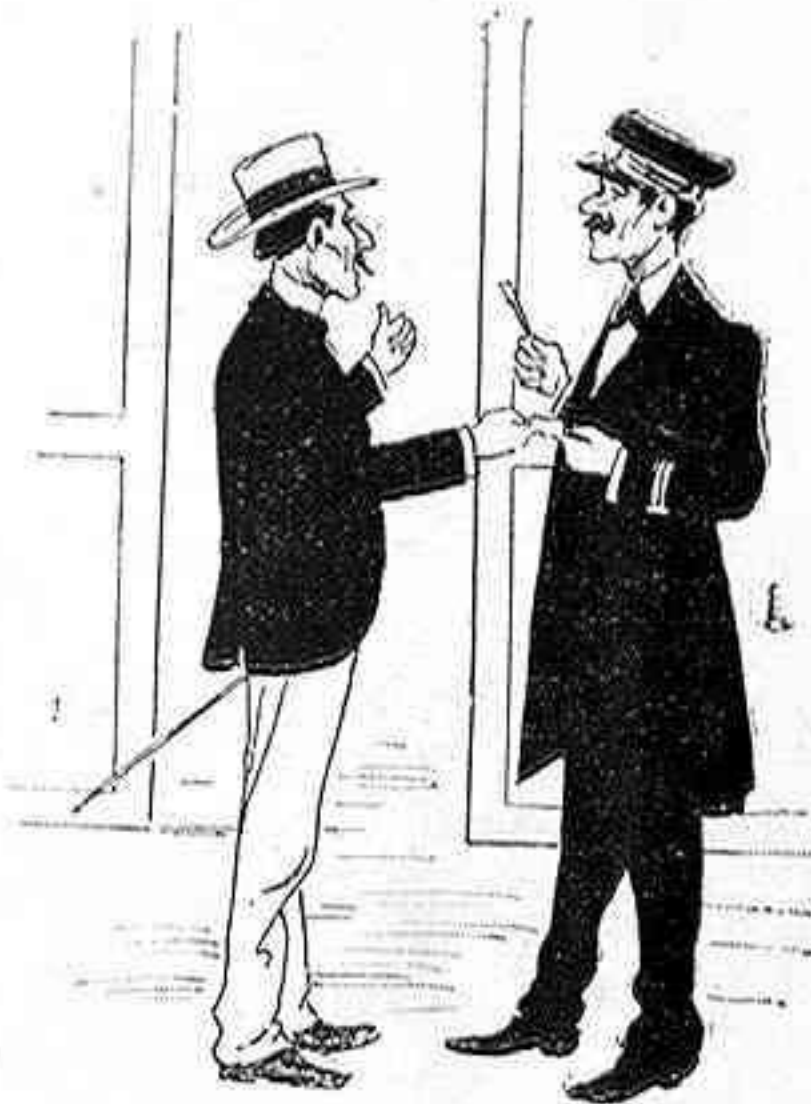
5.—¡Majadero! ¿Y quién me abona á mí estos perjuicios?
—¿Y usted me abonará los míos?
¡¡¡Vaya con el... señorito!!!



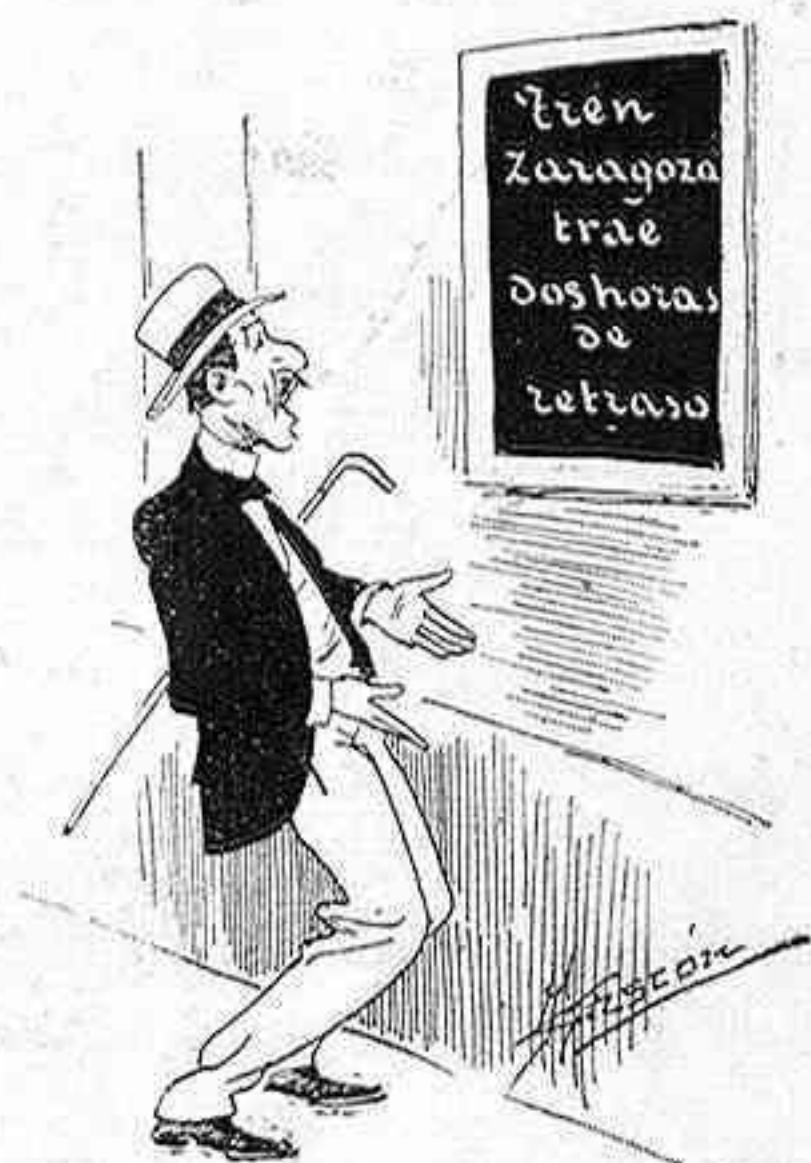
6.—¡Pero señor, que mala pata! Por supuesto... que aunque eche los bofes no llegaré á tiempo. ¡Diablo de Angelita!



7.—Esto me faltaba, ¡cualquiera toma aquí un billete de andén!



8.—Al fin, me hice con el billete. Diga usted; ¿el tren de Zaragoza?
—Ha debido llegar; es más de la hora.
—Ya lo decía yo, ¡carrera más inútil!



9.—¡¡Efectivamente!! ¡¡¡Carrera más inútil!!!



Cartel anunciador de las Pastillas Panerai y el Extracto de Catrame, en Liorna (Italia).

SERIE I.^a

Núm. 19